

COSAS DEL NOVENTA Y OCHO

(Recordadas en 1908 con motivo de la visita a La Habana de la corbeta *Nautilus*)

Carlos MARTÍNEZ-VALVERDE
Contralmirante

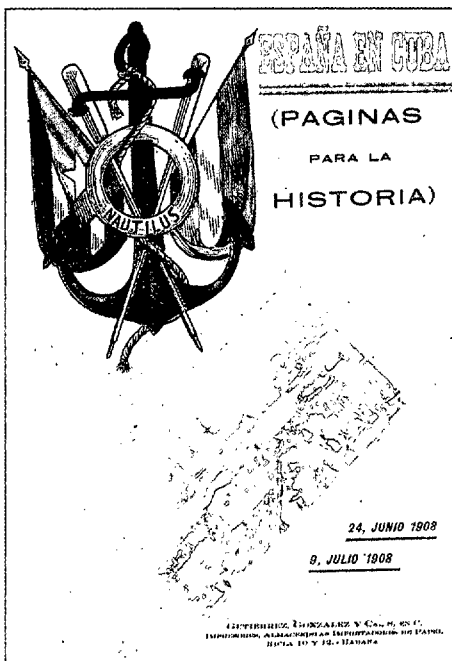
Recordadas también ahora, 1998

La escala de la corbeta *Nautilus*, buque-escuela de guardiamarinas, en La Habana fue una gran manifestación de entusiasmo españolista por parte de los cubanos y de fervor patriótico de los españoles residentes en la capital cubana. Vibraron también nuestros marinos al ver cómo eran acogidos y en razón del lugar. Era la primera visita que hacía un buque de guerra español después del luctuoso noventa y ocho. Luctuoso sí, pero entonces se mostró todo cuanto suponía gloria, que era mucho... Se recordaron las luchas de la emancipación pero dándose caballerescamente la mano cubanos, norteamericanos y españoles. Hubo generosidad en todas las partes en los antiguos contendientes, con un regusto de «Madre Patria» en el sentir de los cubanos. En cierto modo se añoraba a España.

La inmensa muchedumbre en los muelles y en las calles, los estamentos organizados (oficiales y particulares), la prensa, la cúpula del que fuera llamado Ejército Libertador, el clero, los terratenientes, todos respondieron manifestando amor a los españoles, admiración por los héroes del noventa y ocho.

No solamente la prensa ubicada en la isla sino también los corresponsales en los Estados Unidos se volcaron en el evento. Uno de éstos, el del *Diario Español*, en Washington, publicó en La Habana lo sentido en Norteamérica, dos «nobles anécdotas». Una de ellas es la referente al antiguo teniente

de navío Hobson, el que con heroísmo hundió el *Merrimac* en el canal de Santiago para embotellar a nuestra escuadra. No consiguió del todo su objeto pero el gran mérito existió y el almirante Cervera lo reconoció, y al hacerle prisionero tuvo con él las consideraciones que los héroes merecen.



En 1908, ya retirado, era diputado por Alabama y recientemente había dado una conferencia ante más de mil guardiamarinas en Annapolis. Tomó como ejemplo del cumplimiento del deber a un marinero español de los de la escuadra de Cervera. El texto de lo que dijo ante aquella importante concurrencia fue más o menos el que sigue:

«Después de la batalla naval de Santiago —dijo—, pedí permiso para visitar los buques del almirante Cervera, y en la sala de máquinas del *Vizcaya* ví a un marinero español completamente carbonizado, que por un raro fenómeno de equilibrio se mantenía de pie y agarrado a las manivelas de la válvula de vapor. La muerte le sorprendió en esa actitud. Cuadro tan terrible y tan hermoso me produjo tal emoción que me quité la gorra ante aquel héroe anónimo y modestísimo marinero del *Vizcaya* y pensé: “Ésta es la estatua del deber...” ¡Jóvenes, pensad en el marinero español carbonizado!»

Ejemplo tomado del enemigo vencido. La otra noble anécdota se la había referido al corresponsal un jefe americano que era en la actualidad comandante del crucero *Nevada*. Antes de referir lo que le dijo hay que hacer constar que el periodista hace su panegírico diciendo de este oficial de la Armada que su carácter es severísimo, que es hombre de honor intachable, bravo, humanitario y franco, se llama Mr. Huse. Habla perfectamente el castellano. Veamos su relato: «... era por la tarde —dice—, ya casi al final de la batalla. Yo estaba embarcado en el *Glowcester*. De repente un oficial da la voz de alarma. Uno de los torpederos (*sic*) españoles se nos venía encima. Como es natural todos los fuegos de nuestro buque se concentraron en el diminuto barco español (el *Plutón* o el *Terror*, si mal no recuerdo) sobre el que mandamos una verdadera lluvia de metralla. No perdimos de vista al torpedero (*sic*) español; los oficiales con los anteojos podíamos ver la cubierta: los marineros españoles, unos inmóviles... ¡muertos!, otros arrastrándose... heridos que luchaban entre la vida y la muerte; los charcos de sangre iban de babor a estribor o de proa a popa, según el balance o el cabeceo de la nave. Desde el barquito español no se hacía ni un disparo. No obstante seguía avanzando sobre nosotros. De pronto, de una de las escotillas del barco vimos salir a un oficial español, descalzo y ensangrentado o lleno de manchas de sangre, con la gorra hacia atrás mira aquel espectáculo espantoso de hombres muertos o agonizantes, de piezas desmontadas, de todo lo horrible que es una batalla naval y, no obstante lo terrible de nuestros disparos, pues ya estaba tan cerca el torpedero (*sic*) que hasta disparábamos con los cañones revólveres, sin buscar protección de ninguna clase aguantó de frente y al descubierto tan terrible fin como el que ya no espera más que morir lo antes posible, pero morir como un bravo, y con una sangre fría y un valor admirable sacó una petaca, hizo un cigarrillo de papel, encendió una cerilla y guardando el equilibrio como pudo para no escurrirse en los charcos de sangre que corrían por la cubierta se puso a fumar impávido. En aquel momento me apercibí que el timón del torpedero (*sic*) estaba hecho pedazos, que el barco estaba sin gobierno, que la corriente era la que lo traía a la boca de nuestros cañones y mandé parar el fuego.

Y cuando el barco estuvo más cerca y vimos que aquel oficial era el único superviviente de la nave, espontáneamente de todos los pechos de los tripulantes salieron tres ¡hurras! francos y nobles, vibrantes de entusiasmo y admiración por aquel caballero oficial de la Marina española, y era curioso el ver que los marineros americanos vitoreaban a España y a la nación española en el mismo momento de la lucha, cuando las pasiones son más violentas.

Siento no recordar el nombre de ese señor oficial, pero si alguna vez tiene usted ocasión de hacerlo, hágale saber el profundo respeto y la admiración que sentimos todos los que presenciamos la desenvoltura y el valor que mostró al encender aquel cigarrillo».

Hasta aquí lo recordado por el capitán de navío Huse, puede haber involuntarias inexactitudes debido al tiempo transcurrido; el *Glowcester* era el buque americano que estaba más cerca de tierra, era un yate armado.

Cuando los cruceros españoles salieron fueron acosados por los acorazados y cruceros enemigos que navegaron hacia el oeste siguiéndoles. Salieron los cazatorpederos y el *Glowcester* marchó sobre ellos. Lo dicho por Mr. Huse responde más a la salida del *Plutón*, esto es, el segundo de los cazatorpederos del valiente Villaamil (1), mandado por el teniente de navío de primera Vázquez. El buque, al fin, con las máquinas en marcha y el timón todo metido a estribor fue a varar en la costa.

El *Glowcester* fue el primer buque a que fue llevado prisionero el almirante Cervera. Lo que tiene más valor del relato de Mr. Huse es el deseo de ensalzar a los españoles, aunque el tiempo haga que su relato no se ajuste exactamente a lo que pasó. ¡Hurra!, pues, ahora por él y por los hombres que mandaba: ¡Hurra!

Consideraciones: 1908, 1998

No pueden relatarse todos los actos que tuvieron lugar en La Habana con motivo de la visita a ese puerto de la corbeta *Nautilus*. Sería alargar mucho este corto trabajo, y muchos de los actos, aunque patrióticos, no estaban relacionados con los hechos del «noventa y ocho»; sí mencionaremos por su relación la Misa de Réquiem que se celebró en la catedral de La Habana, oficiada por el señor obispo de la diócesis, a la que acudieron las fuerzas vivas, en las que no faltaron representaciones del Ejército y de la Marina, cubanos y norteamericanos. Hubo también a bordo otro oficio.

También debemos citar por su alto sentido patriótico la entrega a la *Nautilus* de una bandera nacional española, que fue izada a bordo con toda solemnidad. Era un obsequio de los alumnos de las escuelas pertenecientes al Centro Gallego.

(1) «Los cazatorpederos habían de mantenerse, si podían, fuera del fuego, espiar un momento oportuno para obrar, si se presentaba, y tratar de escapar con su mayor andar si el combate nos era desfavorable». Del parte del almirante Cervera al capitán general de la isla, Blanco, general en jefe del teatro de operaciones.



Este grupo de marineros es altamente representativo, y eso creyeron los cubanos en 1908. Son hombres sencillos, de todas las partes marineras de España; sumamente semejantes a los que se batieron tan bravamente en 1898 en las lomas de San Juan y, a bordo, en las aguas de Santiago de Cuba: las mismas características físicas y morales, los mismos uniformes, gorros y galones, el mismo aspecto modesto, ocultando el heroísmo de que son capaces. Todo eso tuvieron presente, aun sin pensarlo, los habaneros cuando les festejaron. Eran un exponente del «noventa y ocho», aunque les veamos sirviendo como buenos —eso sí— en la *Nautilus*. ¡Tan sólo habían pasado diez años!

Muy importante fue la visita de la cúpula aún viviente del ejército llamado «Libertador». Impresiona ver la elegancia de esos próceres. Exponente de la gente que tomó parte en el movimiento independentista que formó, junto con los intelectuales, el elemento cubano más pudiente, poniendo como soldados en la causa a sus guajiros, blancos y de color; y a fe que se batieron bien, rivalizando con nuestro valientes soldados.

Y en todos los actos estuvo presente la admiración por los marinos de la escuadra de Cervera, luchando contra fuerzas muy superiores aquel luctuoso tres de julio de mil novecientos noventa y ocho. No se olvidaron tampoco los otros combates sostenidos por nuestros buques ligeros contra las fuerzas americanas, más fuertes, en los que tantas veces los enemigos llevaron la peor parte. Combates muchas veces poco conocidos por el gran público en la metrópoli, pero allí, entonces (1908), aún quedaban gentes que desde la orilla los presenciaron.

Del recibimiento de la *Nautilus* hubo bellos y sentidos relatos. Uno publicado por *La Discusion* (25 de junio) decía: «Y fue la recepción imponente; la

multitud ondulaba; la corbeta española, lenta, venía escoltada por numerosos barcos hirvientes de mujeres hermosas y de hombres magnificados por el entusiasmo; la muchedumbre estremecida se hizo sonora en un viva unánime; los buques surtos en la bahía llenaron el aire con los broncos alaridos de sus sirenas; toda la ciudad tembló al retumbar de los cañonazos; la policromía de las banderas se alborozó a lo largo de los cordajes». —¡Bella estampa, sin duda!— Recoge muy bien los momentos de entusiasmo. La Habana, y con ella Cuba entera, estallaba de emoción (2).

Y es interesante también considerar algo de la situación del momento, algo que firma Néstor L. Carbonell. Dice: «El alma de Cuba, abatida por grandes infortunios que aún la tienen sujeta por manos extrañas, experimenta en estos momentos una reacción bendita y saludable: la ha arrancado del pecho un ¡Hosanna! que ha resonado en la América sajona como eco plañidero de dolor, y por el mundo latino como ola bendita de amor, como la explosión de nuestros corazones». Manifiesta: «Los americanistas codiciosos que hasta ahora han venido amenazando de muerte nuestra personalidad cubana... iban palideciendo de horror y de vergüenza ante el colosal acto que reseñamos» (una constante que siempre amenaza a Cuba).

Debemos terminar estas líneas haciendo resaltar la acción diplomática y humana del comandante de la *Nautilus*, el capitán de fragata don Salvador Moreno Eliza. Fue de la mejor calidad.

(2) Sin llegar a los extremos del recibimiento de la *Nautilus* he vivido allí uno de esos momentos de emoción intensa —La Habana se vuelca siempre con España—: Entraba el *Juan Sebastián de Elcano*, desfilaba suavemente el buque por delante del castillo del Morro, tan bravamente defendido por Velasco; tocaba la banda del buque aquel pasodoble «Los Voluntarios», marcha del «noventa y ocho». Los barcos nos rodeaban, nos comían de cariño, agitando en ellos las gentes banderas y pañuelos.